

Viva  la vida



Gerardo Pérez y Nanye Blázquez, propietarios del Café Central, ayer, en la barra del histórico local que hoy recibe el Premio a la Difusión de la Música. /RICARDO CASES

ANTONIO SANCHIDRIÁN

El Café Central está madurando bien. A sus 23 años de vida, presenta un aspecto convenientemente desgastado: las paredes, teñidas de color tabaco, parecen haberse fumado el humo de noches incalculables. Entrar en el Central es acceder a un espacio pequeño, atestado de sillas negras y mesas de mármol que rellenan el sitio justo para acoger a un grupo de músicos y a un público que apenas puede superar la centena. Son bienvenidos quienes quieran compartir el ritual en desuso de escuchar música en directo, preferiblemente jazz del bueno. Así sucede desde el día en que abrió sus puertas, el 12 de agosto de 1982.

Ahora, más de 8.000 conciertos después, al pequeño local de la plaza del Ángel le ha llegado un reconocimiento extraordinario: el Premio Difusión de la Música 2005, que recibirá hoy de manos de la Academia de la Música. Un galardón que reconoce la incesante actividad de un local por el que han desfilado nombres ilustres del jazz y alrededores: Tete Montoliu, Randy Weston, Barry Harris, Art Farmer, Javier Krahe, Houston Pearson, Chano Domínguez, Martirio... El etcétera sería eterno.

Gerardo Pérez y Manuel Ángel (Nanye) Blázquez son dos de los padres de una criatura que nació en tiempos de explosión cultural en la capital. Dos supervivientes que siguen en la pelea cotidiana. «Nos conocemos de los tiempos universitarios, sobre todo de la lucha política. Corría el año 71 o 72», recuerda Gerardo. «Éramos rojos», apuntala Nanye.

La «lucha política» concluyó con la caída del franquismo y la llegada de la democracia. Para que el Café Central dejase de ser una idea y tomara cuerpo fue necesario que Gerardo abandonase sus estudios de Derecho y Nanye, sus inquietudes

Premio. Son 23 años los que lleva funcionando el local de la plaza del Ángel. En ese tiempo ha programado más de 8.000 conciertos y ha acogido en su escenario a algunos de los nombres más ilustres del jazz. Hoy recibe el galardón a la Difusión de la Música

Vivir el Café Central



psicológicas (llegó a escribir el libro *Claves de la psicología*, publicado por Salvat).

La práctica en organización de conciertos universitarios que había atesorado el primero —fue uno de los responsables del Festival de los Pueblos Ibéricos del año 76, que se concibió como una especie de Woodstock patrio—, la naciente vocación empresarial del segundo —abandonando los preceptos marxistas— y la aportación de otros tres socios —Marine Meyer, Juan Palette y

Manuel González— puso la semilla definitiva. El impulso fue un viaje a Barcelona: «Nos llevaron a La Paloma, que era un local parecido a un cine. Tenía dos orquestas que tocaban en directo y un público que bailaba todo tipo de música. Decidimos montar algo parecido», recuerda Nanye Blázquez.

Pero del proyecto a la versión definitiva hubo mucho trecho. Meyer consiguió el local de la Plaza del Ángel, que obviamente era demasiado pequeño para los bailes, aunque

ideal para actuaciones en directo y, por encima de todo, para la música de jazz. «Queríamos que fuera la síntesis de los locales a los que íbamos a charlar entre amigos o a escuchar música: el Café Comercial, la Alemana, el Birimbao...», explica Gerardo.

El planteamiento era el siguiente: «Que la música estuviera dentro de la vida cotidiana de la ciudad y que el pueblo de Madrid tuviera cada día un lugar donde ir a escuchar a los músicos en directo».

«Quien piensa que la revolución

no es posible, no ha contado con mi audacia». Esa frase del revolucionario francés Danton ha guiado las actividades de los socios del Café Central a lo largo de los últimos años: «En esa época estábamos hartos de pedir a los demás. Yo decía: lo que tengamos que pedir, pidámoslo a nosotros mismos», explica Nanye. «Ahora se habla mucho de las crisis de las salas de música en directo y nosotros no negamos la necesidad de las ayudas. ¡Pero nosotros hemos hecho miles de conciertos sin contar con nadie!», añade.

Agosto, 1982

El Central abrió sus puertas en agosto de 1982, pero no fue hasta enero del 83 cuando comenzó el hábito de ofrecer un concierto cada noche: «Recuerdo que el primer grupo que programamos se llamaba Micropunto. Los primeros años acogíamos sólo a músicos españoles. Tocaban desde músicos callejeros a la orquesta Girasol, con su charanga», recuerda Gerardo. «Pedro Iturralde o Tete Montoliu tardaron seis años en aparecer por aquí, hasta que lo consideraron un lugar serio». Montoliu, por ejemplo, no acudió a tocar hasta que el pianista de Joan Manuel Serrat, Ricardo Miralles, le convenció para que lo hiciera.

La consolidación del café, y la puerta que inició el goteo de presencias de estrellas internacionales, se produjo en el verano de 1987, con la actuación del cuarteto del saxofonista George Adams y el pianista Don Pullen, con Dannie Richmond a la batería. Estos antiguos miembros de la banda del contrabajista Charlie Mingus, recién llegados del mítico Village Vanguard de Nueva York, convulsionaron el escenario durante 14 noches incendiarias: «El público alucinó con ellos, y ellos alucinaron con el público. Fue un acontecimiento conmovedor y las colas eran inenarrables». Richmond murió a las

pocas semanas y, aunque el grupo regresó con Pullen y Adams, la intensidad no fue la misma.

El espectacular desembarco de Pullen, Adams y compañía fue un hito que insufló oxígeno en la vida del establecimiento. «Hasta entonces ya había gente que nos decía que nos habíamos quedado obsoletos». Se trató de una huida hacia delante, la manera de eludir la ruina. «Algunos clubes de la capital, como el Whisky Jazz o el Balboa, intentaron fugas de este tipo cuando estaban en pleno canto del cisne. Nosotros siempre que hemos dado un salto mortal, hemos caído de pie», presume Gerardo.

Los ecos de la existencia de un café donde el buen jazz se hacía una realidad cada noche comenzaban a traspasar las fronteras de la capital. Si Copenhague tenía su café Montmartre y Londres su Ronnie Scott, Madrid tenía su Café Central.

Es el verano la época más temida por los dueños del café, sobre todo en los que hay Mundial de fútbol: «Directamente, nos mandan a la lona». Después sacar la cabeza de la quiebra en 1989, el verano de 1994 fue especialmente dramático. El Mundial de Estados Unidos y la preferencia de los madrileños por las terrazas obligó a cortar los conciertos por primera vez en la historia del local —poco después también cerraría, también temporalmente, la sala Clamores—. Fueron 20 noches del mes de julio en silencio... hasta que llegó el gran Tete Montoliu.

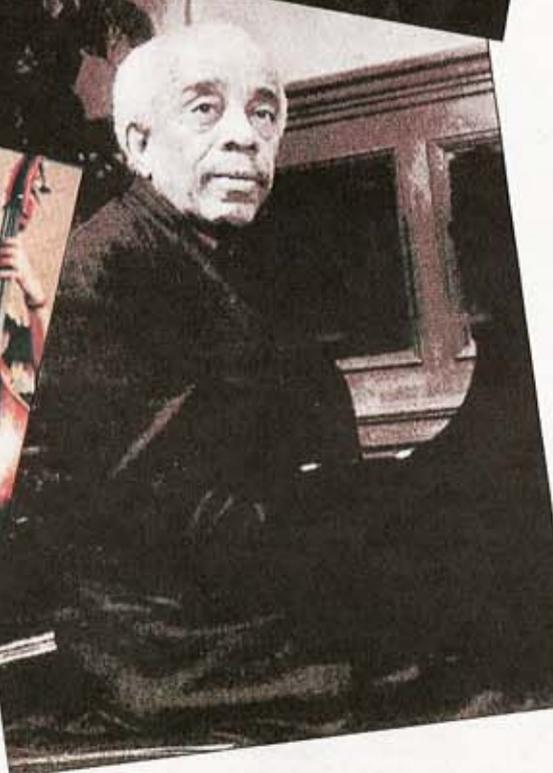
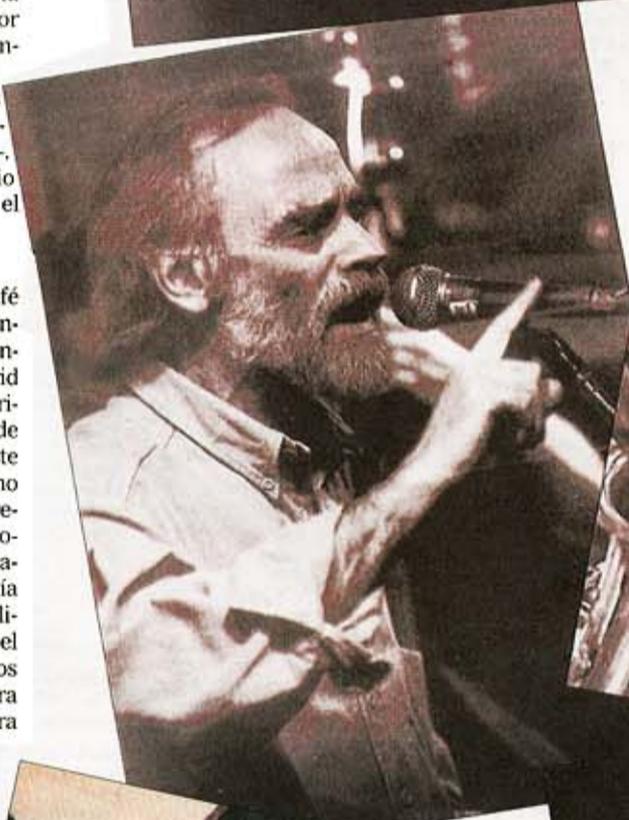
Cuatro semanas más una

Resulta que, al igual que el Café Central, el pianista catalán se encontraba en un delicado punto de inflexión vital que le trajo por Madrid durante cuatro semanas en un tórrido agosto. Montoliu, el más grande músico de jazz de la historia de este país, rebajó su caché y tocó a piano solo todas las noches del mes. El resultado, éxito apabullante, lleno todos los días y prórroga de una semana más en septiembre. «Tete tenía una forma especial de producir felicidad en el público. Teníamos el agua a la altura de la frente y él nos la puso por debajo de la nariz para que pudiéramos respirar», asegura Gerardo Pérez.

Así que quedó claro que viviendo solo del jazz, el Café Central se iba inexorablemente a la ruina, por lo que comenzaron a frecuentar el local músicos de otras sensibilidades: María del Mar Bonet, Lucrecia, Martirio, Javier Ruibal, que se sumaban al decano Javier Krahe. «Los músicos que no tocan jazz tienen más público. Así que a veces uno se plantea renunciar a los orígenes».

Los propietarios del café han intentado encontrar fórmulas alternativas para superar con éxito el largo y cálido verano: los pianistas George Cables y Chano Domínguez fueron llamados a la causa, pero la respuesta del público fue algo más fría.

Chano Domínguez fue el protagonista de otra noche memorable. Mientras el pianista gaditano actuaba al frente de su trío, se sentó entre el público nada menos que el trom-



De izda. a dcha. y de arriba abajo: Tete Montoliu, al frente de su trío; Javier Krahe, el saxofonista George Adams, el pianista Barry Harris, y Martirio, que actuaron junto a Chano Domínguez y Javier Colina. Todos, en acción en el Café Central. / EL MUNDO

petista Wynton Marsalis, que había viajado a Madrid para una actuación. Marsalis, que presenció el primer pase en silencio, compartió después unos temas con Domínguez, quien le enseñó las bases rítmicas de una bulería.

Sin relevo

Han pasado más de dos décadas y varias quiebras, y el Central sigue en pie, ahora martirizado por unas obras infernales que dificultarán el acceso a la sala durante dos años. «No encontramos un relevo generacional», subraya Gerardo. «La gente que nos gusta el jazz estamos ya más cerca de los 50 que de los 30, y la gente de esta edad cada vez sale menos, quizás porque están hipotecados. Además, no hay promoción como la que hacían algunos locutores radiofónicos, como el legendario Ángel Álvarez [quien también recibió el Premio a la Difusión de la Música]. A la gente no le puede gustar algo que desconoce. Si no has escuchado nunca a Miles, ¿cómo te va a gustar lo que hace?», agrega.

Para ellos, el Madrid actual es una ciudad europeizada «en el peor sentido». «Es una capital menos divertida. Antes, te podías encontrar mucha más gente un martes o un miércoles. Ahora hay una enorme diferencia entre el día laborable y el fin de semana», comenta Gerardo.

«Madrid es un lugar algo esnob. En el verano todo el mundo se va a las terrazas. Pero si en una ciudad de cuatro millones de habitantes no hay cada noche 80 personas que quieran ver un concierto en directo, yo me vuelvo a mi pueblo», sentencia Nanye. «A veces Madrid se pone introspectiva, pero también es cierto que nosotros no sabemos hacer otra cosa. Dependemos del público: mientras tenga ganas de música, le prepararemos un concierto cada noche». Sabias palabras. Larga y buena vida a este lugar.

Café Central. Plaza del Ángel, 10. Todos los días, conciertos a las 22.00 horas.